

Ursula K. Le Guin
El lugar del comienzo



Dos jóvenes de nuestra época –el cajero de un supermercado y la empleada de una casa de préstamos– han descubierto, quizás involuntariamente, un camino que lleva a un lugar secreto y misterioso. Allí la corriente del tiempo parece detenerse, lo cotidiano se inscribe en lo inmemorial, y terroríficos mitos ancestrales esperan en el fondo del bosque.

¿Qué río es éste
por el cual corre el Ganges?

J. L. BORGES, *Heráclito*

¡Cajero en la siete! Y de nuevo entre las cajas registradoras, descargando carritos de alambre, manzanas tres por ochenta y nueve, rodajas de piña en oferta, medio galón de dos por ciento, setenta y cinco, cuatro y uno es cinco, gracias de diez a seis, seis días por semana; y lo hacía bien. El gerente, hombre hecho de limaduras de hierro y bilis, elogiaba su eficiencia. Los otros cajeros, mayores que él, casados, hablaban de béisbol, fútbol, hipotecas y dentistas. Ellos lo llamaban Rodge, excepto Donna, que lo llamaba Buck. En las horas más concurridas los clientes eran manos que daban y tomaban dinero. A los viejos y a las mujeres les gustaba charlar en las horas de poco público; no importaba mucho lo que uno respondiera, ellos nunca escuchaban. La eficiencia lo llevaba diariamente hasta el final de la jornada, pero no más allá. Ocho horas diarias de fideos con pollo dos por sesenta y nueve, comida para perros en oferta, media pinta de Derry Wip, noventa y cinco, uno y cinco son cuarenta. Regresaba caminando a Oak Valley Road y cenaba con su madre, miraba la televisión y se iba a la cama. A veces se preguntaba qué estaría haciendo si Sam's Thrift-E-Mart se hubiese encontrado del otro lado de la autopista, pues a esa altura no había paso peatonal en cuatro manzanas de un lado y seis del otro, y nunca hubiera conocido el lugar. Pero, al día siguiente de haberse mudado, pasó por allí para provisionar la refrigeradora, y vio el letrero que decía: SE NECESITA CAJERO. Lo habían puesto hacía media hora. De no haber tomado el empleo tal vez habría seguido adelante y comprado un coche para poder trabajar en el centro, como había previsto. Pero tal vez el coche no hubiera sido

gran cosa, mientras que ahora estaba ahorrando lo suficiente para tener una suma sustancial, llegado el momento. Él hubiera preferido vivir en la ciudad y arreglárselas sin coche, pero su madre tenía miedo de las ciudades. Camino a casa miraba los coches y se preguntaba qué modelo compraría llegado el momento. No le interesaban mucho los coches, pero como ya había desechado la idea de estudiar, tendría que gastar el dinero en algo, y mientras caminaba hacia su casa siempre pensaba lo mismo. Estaba cansado. Había pasado todo el día manipulando artículos de venta y el dinero que los compraba, hasta que no pensaba en otra cosa porque sus manos nunca tocaban nada distinto, y, sin embargo, nada le quedaba de todo eso.

Al principio de la primavera y a pocos días de haberse mudado, había fulgores en el cielo, dorados y verdes. Ahora, en verano, las calles sin árboles estaban aún iluminadas y calientes a las siete. Los aviones, ganando altura desde el aeropuerto a diez millas al sur, rasgaban el cielo denso y brillante, arrastrando ruidos y sombras; un desvencijado columpio de acero pintado chirriaba junto a la carretera. Aquella urbanización se llamaba Kensington Heights. Para llegar a Oak Valley Road atravesaba Loma Linda Drive, Raleigh Drive y el Chelsea Oaks Road. Pero no había alturas, ni valles, ni Raleighs, ni robles. En Oak Valley Road las casas eran de dos pisos y de seis apartamentos cada una, pintadas de blanco y marrón. Entre las cocheras había franjas de césped bordeadas de piedras blancas y setos de enebros. Envoltorios de golosinas, latas de refrescos, tapas de plástico, las irreductibles cáscaras y esqueletos de los artículos perecederos que él despachaba en los mostradores del mercado yacían entre las piedras blancas y las plantas oscuras. En Raleigh Drive y en Pine View Place, las casas eran de dos plantas, y en Loma Linda Drive eran viviendas independientes, todas con entradas propias, cocheras, céspedes, piedras blancas y setos de

enebro. Las aceras eran regulares, las calles niveladas, la tierra plana. El centro de la ciudad vieja se levantaba sobre unas colinas que dominaban un río; pero las afueras, al este y al norte, se extendían en un llano. La única vez que vio el paisaje desde allí fue cuando llegaron del este. Un poco antes de los límites de la ciudad, había una especie de viaducto bajo la autopista; y desde allí se podían ver los campos. Más allá, la ciudad, envuelta en una bruma dorada. Campos, praderas, en aquella suave luz vespertina, y las sombras de los árboles. Luego, una fábrica de pintura, con letreros multicolores, de cara a la autopista; allí comenzaban las urbanizaciones.

Una tarde calurosa, al salir del trabajo, atravesó el parque de estacionamiento del Sam's Thrift-E-Mart y subió por la rampa de salida que daba a la estrecha acera de la autopista para ver si podía regresar a campo traviesa por los paisajes que había visto, pero no había ningún camino. Desechos de papel, de metal y de plástico bajo sus pies; el aire agitado y vacilante y la tierra temblorosa cada vez que pasaba un camión; tímpanos golpeados por el ruido y nada que respirar excepto caucho quemado y humos de diésel. Después de media hora se dio por vencido y trató de abandonar la autopista, pero las calles suburbanas estaban separadas del terraplén por una cerca metálica. Tuvo que rehacer el camino y atravesar el parque del Thrift-E-Mart para llegar a la Kensington Avenue. La derrota lo dejó tembloroso y colérico, como si lo hubiesen atracado. Caminó dando tumbos bajo la cálida luz solar hasta su casa. El coche de su madre no estaba en el garaje. Al entrar, escuchó el teléfono.

—¡Por fin llegas! He estado llamando y llamando. ¿Dónde te habías metido? Es la tercera vez que llamo. Estoy en casa de Durbina, me quedaré hasta las diez. Hay pavo en la refrigeradora. No toques la comida china; es para el miércoles. Tienes pavo Mixon. —Un dólar con veintinueve centavos, sonó en su cabeza, gracias—. Me voy a perder el

comienzo de la película del canal seis; mira por mí hasta que llegue.

–Bueno.

–Hasta luego, entonces.

–Adiós.

–¿Hugh?

–¿Sí?

–¿Por qué llegaste tan tarde?

–Vine por otro camino.

–Pareces enojado.

–No sé.

–Tómate una aspirina. Y una ducha fría. Hace tanto calor... Eso es lo que me gustaría. Pero no tardaré en llegar. Cuídate. No irás a salir, ¿verdad?

–No.

Ella vaciló, no dijo nada, pero no colgó el teléfono. Él dijo: –Adiós –colgó, y se quedó junto al aparato. Se sentía pesado; un animal pesado, una gruesa y arrugada criatura con el labio inferior colgante y los pies como ruedas de camión. Por qué te has retrasado quince minutos por qué estás enfadado cuídate no toques la comida china no salgas. De acuerdo. Cuídate cuídate. Miró el pavo Mixon en el horno y puso el reloj, aunque no calentó el horno como indicaban las instrucciones. Tenía hambre. Siempre tenía hambre. Nunca estaba exactamente hambriento, pero siempre quería comer. Había una bolsa de cacahuetses en la alacena; la llevó a la sala, encendió el televisor y se sentó delante. El sillón tembló y crujió bajo su peso. Se levantó de golpe, dejando caer la bolsa de cacahuetses recién abierta. Era demasiado. El elefante alimentándose a sí mismo con cacahuetses. Tenía la boca entreabierta, pero le parecía que el aire no le entraba en los pulmones. Algo que trataba de salir le bloqueaba la garganta. Se quedó junto al sillón; el cuerpo le temblaba de una manera grotesca, y la cosa de la garganta se hizo palabras—. No puedo, no puedo –dijo en voz alta.

Muy asustado, corrió hacia la puerta principal, la abrió de golpe y salió de la casa antes de que la cosa pudiera seguir hablando. La luz solar, caliente y tardía, refulgía en las piedras blancas, en los garajes, en los coches, en las paredes, en los columpios y en las antenas de televisión. Se quedó allí temblando, con las mandíbulas apretadas: la cosa estaba tratando de abrirle las mandíbulas para hablar otra vez. Echó a correr.

Oak Valley Road abajo, a la izquierda en Pine View Place, de nuevo a la derecha; no sabía, no podía leer las señales. No corría con frecuencia y tampoco le era fácil. Los pies golpeaban el suelo con fuerza, en pesadas sacudidas. Los coches, los garajes y las casas se confundían en un brillo intermitente que, mientras él corría, se hizo rojo y oscuro. Dejó atrás unas palabras que decían: *se agota la luz del día*. El aire, ácido y ardiente, le entró en la garganta y en los pulmones; respiraba con un ruido de papel rasgado. La oscuridad se espesó como sangre. El paso se le había vuelto más trepidante; estaba corriendo colina abajo. Trataba de detenerse, de aminorar la marcha, mientras sentía el mundo deslizándose y desmoronándose bajo sus pies, y un cosquilleo múltiple y elástico en el rostro. Vio y olió hojas, hojas pardas, ramas, polvo, tierra, humus; y, entre el martilleo del corazón y el aliento, oyó una música fuerte y continua. Dio unos pasos lentos y temblorosos, se dejó caer apoyando las manos en el suelo, y luego se tumbó por completo boca abajo sobre la tierra y la roca al borde de una corriente de agua.



Cuando al fin se incorporó no tuvo la impresión de haberse quedado dormido; sin embargo era como si despertara, como si despertara de un sueño profundo y tranquilo, cuando el ser pertenece por entero al ser y nada

puede trastornarlo hasta que el sueño se desvanece. En la raíz de la quietud estaba la música del agua. La arena se deslizaba entre su mano y la roca. Al sentarse sintió cómo el aire le entraba con fuerza en los pulmones; un aire fresco que olía a tierra y a hojas muertas y nuevas; todas las hierbas y malezas, árboles y arbustos, el frío aroma del agua, la oscura fragancia del polvo; un sabor dulce que le era familiar pero al que no podía darle un nombre; todos los olores mezclados y sin embargo distintos, como los hilos de un paño, demostrando que la capacidad olfativa de su cerebro estaba viva y era inmensa, espaciosa, aunque desprovista de nombres para las fragancias, aromas, perfumes y hedores que formaban ese vasto, oscuro, profundamente extraño y familiar olor de una orilla de riachuelo en una tarde estival en el campo.

Y es que estaba en el campo. No tenía idea de cuánto había corrido, ni tenía claro cuánto era una milla, pero sabía que había dejado atrás las calles, las casas, los límites del mundo pavimentado; y ahora estaba en la tierra. Oscura, ligeramente húmeda, desnivelada, de nuevo compleja, compleja hasta lo inverosímil... Movié un dedo y tocó granos de arena, hojas marchitas, guijarros, una piedra semienterrada, raíces. Había estado con el rostro apoyado en aquella tierra, sobre ella, en ella. Sintió que se le aligeraba la cabeza. Respiró con fuerza y hundió las manos abiertas en el barro.

Aún no había anochecido. Los ojos se le habían acostumbrado a la oscuridad, pese a que los colores y los espacios ensombrecidos se acercaban al umbral de la noche. El cielo, sobre la negra y nítida silueta de las ramas, estaba descolorido, y su monótona luminosidad no revelaba por dónde se había puesto el sol. Aún no se veían estrellas. El arroyo, de veinte o treinta pies de ancho y lleno de cantos rodados, era como un retazo de cielo, rielando entre los pedruscos. Los amplios bancos de arena refulgían en ambas orillas; sólo corriente abajo, donde el folla-

je era más espeso, se había concentrado el ocaso, desdibujando los detalles.

Se sacudió de la cara y el pelo la arena, las hojas muertas y las telarañas, y sintió el leve aguijón de una rama seca bajo el ojo. Apoyándose en el codo se inclinó hacia adelante y tocó el agua con los dedos de la mano izquierda; al principio con mucha suavidad, con la mano estirada, como si estuviese tocando la piel de un animal; luego hundió la mano en el agua y sintió la musculatura de las corrientes haciendo presión en la palma. Entonces se echó más hacia adelante, inclinó la cabeza, y en la arena, apoyándose con ambas manos, bebió.

El agua estaba fría y tenía gusto a cielo.

Hugh se puso de cuclillas sobre la arena húmeda, la cabeza todavía inclinada, con un extraño sabor en los labios y en la boca. Poco a poco enderezó la espalda hasta quedar arrodillado, la cabeza erguida, las manos sobre las rodillas, inmóvil. La mente no tenía palabras para aquello que el cuerpo alabó y comprendió por entero.

Cuando esa intensidad que él había entendido como plegaria hubo disminuido, menguado y cambiado de nuevo en placer múltiple y consciente, volvió a ponerse de cuclillas y miró alrededor con mayor vehemencia y cuidado que al principio.

Ignoraba hacia dónde quedaba el norte, bajo el cielo liso y descolorido, pero tenía la certeza de que los barrios, la autopista y la ciudad estaban justo detrás de él. El sendero por el que había venido se escurría entre un pino grande de corteza rojiza y un seto de arbustos altos y hojas alargadas. Desde allí subía por una cuesta empinada hasta perderse de vista en el denso atardecer, bajo los árboles.

El arroyo cortaba el camino transversalmente, de derecha a izquierda. Podía verlo serpentear entre árboles y piedras corriente arriba, para luego emerger del agua. Corriente abajo, el bosque se precipitaba en una progresi-

va oscuridad, interrumpida por los escurridizos destellos de la corriente. A ambos lados del arroyo las orillas se levantaban a un mismo nivel formando un claro libre de árboles, casi una pequeña pradera, cubierta de nieve y salpicada de malezas y arbustos.

El olor familiar para el que no encontraba nombre se hizo más intenso, la mano le olía a... menta, eso era. El lecho de hierbas en el que había apoyado las manos cuando estaba a orillas del arroyo, tenía que ser menta silvestre. Arrancó una hoja y la olió, luego le dio un mordisco, esperando que fuese dulce como un caramelo de menta. Pero resultó agria, con una textura pilosa y fría.

Éste es un buen lugar, pensó Hugh. Y he llegado aquí. Por fin he llegado a algún sitio. Lo he logrado.

A sus espaldas: la cena en el horno encendido, la televisión parlotando frente a una sala vacía. La puerta principal sin cerrojo. Tal vez ni siquiera cerrada. ¿Por cuánto tiempo?

Mamá regresa a las diez.

¿Dónde estás, Hugh? Salí a caminar. Pero no estabas en casa cuando yo llegué a casa tú sabes cómo. Sí se me hizo más tarde de lo que pensaba. Lo siento. Pero no estabas en casa...

Ya se había puesto de pie. Pero conservaba en la boca la hoja de menta; tenía las manos mojadas; el pantalón y la camisa eran un caos de hojas y arena, sin embargo, estaba tranquilo. –Si he encontrado un lugar, también puedo regresar a él –se dijo.

Permaneció unos instantes escuchando el agua entre las piedras y contemplando la quietud de las ramas contra el cielo del anochecer. Luego regresó por donde había llegado; camino arriba, entre los altos matorrales y el pino. Al comienzo, el sendero era empinado y oscuro, pero luego se allanó en medio de un bosque ralo. Era fácil seguirlo, aunque las espinas de las zarzamoras lo hirieron un par de veces mientras la oscuridad se precipitaba. Una vieja

zanja cubierta de maleza, poco más que un declive o un surco del terreno, marcaba el límite del bosque. Tras ella se extendían los campos cubiertos, y a lo lejos se veía el misterioso y deslizante parpadeo de los faros de los coches en la autopista. A la derecha había unas luces fijas. Se dirigió hacia allí atravesando campos cubiertos de hierba seca y surcados por duros caballones. Llegó por último a una elevación o talud sobre el que corría una carretera de grava. Hacia la izquierda, cerca de la autopista, se levantaba un gran edificio completamente iluminado, y carretera abajo, en dirección opuesta, lo que parecían ser un par de casas rurales. La fachada de una de ellas también estaba iluminada. Hugh se dirigió hacia ésta con la certeza de que aquél era el camino correcto. Pasado el cementerio de automóviles, llegó a una recta bordeada por una hilera de árboles, y al primer poste de alumbrado público; era el final de Chelsea Gardens Place, que comunica con Chelsea Gardens Avenue, la cual conduce al centro de una urbanización. Escogió un recuerdo inaccesible para su conciencia: el del trayecto que recorriera momentos antes; lo desando sin errores, calle por calle hasta regresar a Kensington Heights, a Pine View Place, a Oak Valley Road y por último frente a la puerta principal del 14067 ½-C de la calle Oak Valley, que estaba cerrada.

El televisor vibraba con risas estereotipadas. Lo apagó. Oyó entonces el zumbido de la alarma del reloj de la cocina y corrió a desconectarlo. Indicaba las nueve menos cinco. El pavo estaba reseco dentro de su mortaja de papel de aluminio. Trató de comerlo, pero parecía de piedra. Bebió un vaso de leche y devoró cuatro rebanadas de pan con mantequilla, un yogur de arándano y dos manzanas; buscó en la sala la bolsa de cacahuetes, los peló y comenzó a comerlos, sentado frente a la mesa de la cocina, pensando. Había hecho una larga caminata de regreso hasta la casa. No miró su reloj, pero tenía que haber tardado cerca de una hora. Y seguro que había pasado otro tanto

junto al arroyo; y llegar allí también le había llevado un buen rato, aunque había corrido, pero él no tenía nada de atleta. Habría jurado que eran las diez o las once si el reloj no lo contradijera.

No le gustaban las contradicciones, de modo que se dio por vencido. Terminó los cacahuetes; pasó a la sala de estar, apagó la luz, encendió el televisor, lo apagó enseguida y se sentó. El asiento crujió, pero esta vez tuvo mayor conciencia de lo inadecuado del sillón que de la pesadez de su propio cuerpo. La carrera había hecho que se sintiera bien. Se lamentó de la endeblez del sillón en lugar de disgustarse consigo mismo. ¿Por qué había corrido? Bueno, la pregunta estaba de más. No había hecho otra cosa en toda su vida. Jugar al escondite. Pero correr y llegar a algún lugar, eso era nuevo. Nunca antes había estado en ningún lugar, un lugar donde esconderse, un lugar donde estar. Y de pronto dar con su cara en un lugar así, secreto, salvaje. Como si todos los barrios, las urbanizaciones dúplex casa rodante supermercado estacionamiento coches usados garaje columpios piedras blancas enebro imitación trozos de tocino chicle especial envoltorios de los cinco estados donde había vivido los últimos siete años, no tuvieran importancia después de todo, no fuesen permanentes, no fuesen como la vida tenía que ser puesto que una vez afuera, apenas traspuesto el límite, había silencio, soledad, agua corriendo en el atardecer, gusto a menta.

No deberías haber bebido de esa agua. Agua inmundada. Tifus. Cólera... ¡No! Es la primera vez que bebo agua limpia. ¡Volveré y la tomaré cada vez que me dé la gana!

El arroyo. En los estados donde había asistido al colegio lo llamaban riachuelo, pero la palabra «arroyo» le llegaba desde la lejana oscuridad de la memoria; una palabra crepuscular para nombrar el agua del crepúsculo, ese fluir fugaz y titilante que llenaba su mente. Las paredes de la habitación donde se hallaba, resonaban débilmente

con el ruido de la televisión del piso superior, y la luz de la calle, tamizada por las cortinas de encaje, las cruzaba de rayas, surcadas de cuando en cuando por las luces altas de los coches al pasar. Adentro, bajo el desasosiego de la media luz, se encontraba el lugar tranquilo, el arroyo. Poco a poco sus pensamientos tomaron otros viejos senderos: si fuera a donde quiero ir, si fuera a la universidad y hablase con la gente, tal vez haya préstamos estudiantiles para la escuela de biblioteconomía, o si ahorro lo suficiente y pido una beca... y así continuó, como una balsa deslizándose entre islas cercanas, dirigiéndose hacia un futuro remoto y soñado desde hacía tiempo; un edificio con peldaños anchos y muy transitados, escaleras interiores y enormes salones y altas ventanas, gente trabajando en silencio; tan en casa entre las interminables estanterías como los pensamientos en un cerebro, la biblioteca municipal en una visita académica de quinto curso para celebrar la Semana Nacional del Libro y el hogar y puerto de su añoranza.

—¿Qué haces sentado a oscuras, con el televisor apagado y la puerta sin cerrojo? ¿Por qué están apagadas las luces? Pensé que no había nadie —y una vez dicho esto encontró el pavo, porque él no lo había metido hasta el fondo del cubo de la basura, debajo del fregadero—. ¿Qué has comido? ¿Qué diablos tenía esto de malo? ¿No sabes leer las instrucciones? Seguro que estás por resfriarte; será mejor que tomes una aspirina. Francamente, Hugh, no sabes cuidarte, no sabes arreglártelas solo. ¿Cómo quieres que salga tranquila a visitar a unos amigos después del trabajo si eres tan irresponsable? ¿Dónde está la bolsa de cacahuetes que compré para llevar mañana a casa de Durbina? —Y aunque al principio le pareció que ella era como el sillón, sencillamente incapaz, esforzándose por hacer algo para lo que no estaba preparada, no pudo seguir contemplándola desde el lugar tranquilo porque fue arrastrado de regreso, atado, hasta que no pudo sino dejar de oír,

y decir—: Está bien —y después de que ella encendiera el televisor justo en el momento en que pasaban el último comercial de la película que quería ver—: Buenas noches, mamá —y correr y esconderse en la cama.



En el pequeño supermercado de la última ciudad, donde Hugh pasara de mandadero a revisor, las cosas habían marchado bien, con mucho tiempo para conversar y haraganear en los depósitos; pero en el Sam's había mucho movimiento, y cada tarea estaba especializada y no daba respiro. Cuando parecía que la cola iba a terminarse con el próximo cliente, siempre llegaba uno más. Hugh había aprendido a pensar, fragmentariamente; no era un buen método, pero era el único del que disponía. En una jornada de trabajo era capaz de mantener una idea si cada tanto volvía a ella; la idea esperaba por él como un perro paciente. Al despertar por la mañana el perro lo estaba esperando; lo acompañó al trabajo agitando la cola, pero Hugh quería regresar al arroyo, y tener tiempo suficiente para quedarse en aquel lugar un rato. Hacia las diez y media, después de despachar a la vieja del zapato ortopédico que siempre tenía que explicarle que la lata de salmón solía costar diez centavos y que ahora había subido escandalosamente de precio porque lo exportaban todo a los países socialistas, pensó que el mejor momento para ir al arroyo no era por la tarde sino por la mañana.

Su madre y la nueva amiga de ésta, Durbina, estudiaban juntas algo parecido al ocultismo, y últimamente ella había estado yendo a casa de Durbina al menos una vez por semana después del trabajo. Eso le daba una tarde libre, pero sólo una vez a la semana, y nunca sabía qué día, y además tenía que cuidarse de estar en la casa antes que su madre.